

DISCURSO DEL GANADOR A LA SEXTA EDICIÓN DEL *PREMIO LIBERTADOR AL PENSAMIENTO CRTÍCO* CARLOS FERNÁNDEZ LIRA

Sr. Canciller, Sr. Ministro, ciudadanos y ciudadanas...

En aras de la brevedad no voy a repetir los sinceros agradecimientos ya expresados por Luis.

A la lista a la que dedicamos el premio, quiero añadir a mis padres, a mi hijo Eduardo aquí presente, a mi mujer Silvia y a mis hijos pequeños Clara y Alberto.

Quiero agradecer a Carmen Bohórquez y a Farruco Sesto toda la ayuda y la amistad que nos han brindado. Y quiero recordar aquí muy especialmente a la persona que nos presentó, nuestra queridísima e inolvidable amiga Eva Forest.

Yo, ante todo, soy profesor de Filosofía.

Gracias a mis alumnos he sido muy feliz y a ellos les quiero también dedicar este premio. He tenido y tengo alumnos muy sorprendentes, con los que trabajo, investigo y aprendo.

Para que vean que no exagero, les diré que Luis fue también uno de estos alumnos.

Les contaré una anécdota. Este libro que hoy ha sido premiado, lo tenía ya listo para publicarse en 1999, hace doce años. Se trataba del compendio de unas clases que venía impartiendo como Introducción a la obra de Marx. Su publicación, sin embargo, se paralizó porque un estudiante -que no era otro que Luis Alegre ¡quién podía imaginar entonces que hoy nos encontraríamos aquí!- me dijo que había un pequeño error en mi argumentación... un hilillo suelto que parecía en principio poco importante. El problema fue que en cuanto empezamos a tirar de ese hilo, el libro entero se deshizo en mil retales que había que volver a componer.

Nos pusimos entonces manos a la obra a trabajar en común, sin saber que tardaríamos aún más de diez años en ponernos de acuerdo.

Al encontrarme hoy aquí recibiendo este Premio, comprenderán que tengo motivos

para sentirme muy orgulloso de mis alumnos. Es un privilegio contar todos los años con nuevos estudiantes. Y lo mejor es que son estudiantes comprometidos políticamente, estudiantes que se han partido la cara luchando contra la mercantilización de la Universidad Pública, alumnos que no se limitan a hacer “filosofía para filósofos”. Decía Gunther Anders que “un filósofo que hace filosofía para filósofos es como un panadero que hiciera pan solo para panaderos”. La filosofía no es un ejercicio incomprensible de pedanterías. Es un observatorio privilegiado desde el que contemplar y denunciar esta barbaridad a la que nos ha conducido el capitalismo.

Una vez, en unas vacaciones de verano, estaba escribiendo un libro llamado *Geometría y Tragedia* que tenía un capítulo sobre lo bello y lo sublime en Kant. Lo sublime -podríamos decir- es aquello que viene demasiado grande a nuestra imaginación, aquello que la imaginación intenta recorrer en vano, experimentando el fracaso de su esfuerzo. Eso nos deja asombrados, desconcertados, paralizados ante algo que supera toda capacidad de representación. “El cielo estrellado sobre mí”, una tempestad, la inmensidad de los glaciares, de esas montañas de hielo que parecen ignorar la existencia misma del ser humano...

Estaba yo leyendo a Kant y pensando en la inmensidad de los glaciares cuando de pronto leí en las páginas de un periódico que dos glaciares de los Andes chilenos estaban siendo removidos y desviados para que una compañía estadounidense propiedad de la familia Bush explotara unos yacimientos mineros. ¡Los iban a mover de sitio y a tirar por el otro lado de la cordillera montañosa! Así pues, lo que es demasiado grande para la imaginación de los hombres, es pequeño para el capitalismo.

Y lo peor es que la noticia venía en unas páginas del periódico que correspondían a la sección de “minería”. No era la sección de catástrofes cósmicas del universo, sino la sección de “minería”. No puede haber una broma nihilista más desesperanzadora.

El capitalismo ha atacado este planeta por tierra, mar y aire. Ha reventado el subsuelo terrestre con pruebas nucleares, ha abierto un agujero de ozono en la estratosfera, ha llenado de misiles las galaxias. Ha desquiciado el código genético de las semillas y ha cubierto de brea los océanos. El capitalismo mantiene a la mitad del planeta sobreviviendo con menos de dos dólares diarios. El hambre de población mundial se ha convertido en un negocio. Fue Goldman Sachs -precisamente el banco financiero que hoy nos impone en Europa a nuestros presidentes- el que inventó el índice de los 18 productos básicos, un instrumento especulativo que iba a permitir jugar en bolsa con los

precios del trigo, del maíz o del arroz, apostando a la ruleta con el hambre de millones de personas sobre la mesa.

Mientras tanto, las 84 mayores fortunas personales suman una cifra equivalente al producto interior bruto de China y sus 1200 millones de habitantes.

Este panorama es grotesco. Nadie podía imaginar que el nivel de injusticia pudiera rayar en el límite de lo grotesco. Es como si el mundo se hubiese convertido en un chiste de mal gusto. Pero tampoco es un imprevisto. Hace ya mucho tiempo que se dijo que no había opción: era **o socialismo o barbarie**. Y así fue: al final, no hemos tenido socialismo y, **por tanto**, tenemos la barbarie.

Frente a esta grotesca barbarie criminal hace falta recuperar el sentido común. Ser anticapitalista, ser socialista o comunista, se ha convertido hoy en algo muy de sentido común. Incluso muy conservador, podríamos decir. Los comunistas queremos conservar el aire, la tierra, el mar, los glaciares, el planeta. Queremos conservar la vida, pero sobre todo, queremos conservar un motivo digno para vivirla. No nos bastaría con suprimir la enfermedad, la vejez o la muerte, como nos tiene prometido la tecnocracia capitalista. Queremos suprimir el suicidio y las ganas de morir. Queremos un mundo decente en el que merezca la pena estar vivo.

Para nosotros, es muy importante recibir un premio precisamente aquí, en la República Bolivariana de Venezuela. No se puede exagerar lo presentes que están en nuestro libro los acontecimientos que se vivieron en este país a partir de abril del año 2002. Aquí fuimos contemporáneos de una revolución que, por primera vez, caminaba hacia el socialismo por vía democrática sin que fuera inmediatamente abortada mediante invasiones, bloqueos o golpes de estado. Esto no había ocurrido nunca. Se trataba de una excepción, la primera excepción a lo que Luis y yo habíamos llamado la "ley de hierro del siglo XX": cada vez que la instancia política parlamentaria logró contradecir mínimamente los intereses económicos, un golpe de Estado o una invasión acabó con el Parlamento y con el Estado de Derecho. Cada vez que hubo que optar entre salvar la economía o salvar la democracia, se optó por salvar la economía (la economía de los más poderosos, por supuesto); y se hizo mediante golpes de Estado, torturas, desapariciones y represión, a sangre y fuego.

Lo que la revolución bolivariana puede llegar a demostrar es que el socialismo no sólo puede llegar a ser compatible con la democracia, sino que lo es infinitamente más que el capitalismo. Este es el verdadero motivo por el que todos los medios de comunicación europeos se volcaron enseguida en una campaña de desprestigio contra el gobierno de Hugo Chávez y la revolución bolivariana. Lo que podía hacerse visible aquí era un ejemplo demasiado peligroso: **un socialismo en estado de derecho**.

Era vital que tal ejemplo no pudiera hacerse realidad. Y por eso, durante todo el siglo XX, se abortaron sangrientamente todos y cada uno de los intentos de hacer compatible el socialismo con la democracia. Cada vez que las izquierdas ganaron las elecciones y pretendieron seguir siendo de izquierdas, un golpe de estado dio al traste con el orden constitucional. Así ocurrió en España, en 1936; en Guatemala, en 1954; en Indonesia, en 1965; en Chile, en 1973; en Haití, en 1991... y otra vez en el 2004; en fin, existe un largo etcétera. Es lo que Santiago Alba, llamó "la pedagogía del millón de muertos": cada cuarenta años más o menos se mata a casi todo el mundo y luego se deja votar a los supervivientes. Esto es lo que normalmente se conoce como "Democracia". Está permitido votar a las derechas. Se puede votar a las izquierdas que apliquen programas de derechas. Pero si la izquierda gana las elecciones y pretende aplicar programas que dañen los intereses capitalistas, entonces, se acabó la democracia. La democracia no está pensada para votantes tan irresponsables.

Este es el motivo por el que al comunismo no le quedó nunca otra vía que la revolución armada. Pero no porque fuera incompatible con la democracia o el parlamentarismo, sino porque, por la fuerza de las armas, se impidió cualquier intento de que lo fuera. Nunca se nos dejó optar entre Allende o Fidel Castro. Era o Castro vivo o Allende muerto.

A este respecto, por supuesto, la revolución bolivariana es solo a medias una excepción. Sin la fuerza de las armas, ya no habría democracia en Venezuela. Venezuela habría sido invadida o, sin más, habría triunfado un golpe de estado.

Ahora bien, ¿por qué, durante todo el siglo XX, no se permitió *ni una sola vez* la existencia de una democracia en la que hubieran ganado las izquierdas? ¿Por qué, ahora que Venezuela ha resultado inevitable, la reacción de la prensa y los gobiernos occidentales ha sido tan furibunda y rabiosa? ¿Por qué tanta mentira? ¿Por qué tanto

miedo?

No hay otra respuesta: lo que les da tanto miedo es que se haga visible que el socialismo es compatible con el Estado de Derecho. E incluso algo más grave aún: que el socialismo es la única forma por la que el Estado de Derecho puede ser **un verdadero Estado de Derecho**. Un **verdadero Estado de Derecho**, en lugar de una dictadura económica encubierta bajo la fachada de la democracia parlamentaria. Lo que les da tanto miedo es comprobar todo aquello de lo que la Humanidad es capaz cuando tiene en sus manos la democracia, la ley y la libertad. No es de extrañar que los poderosos hayan temblado ante el ejemplo bolivariano.

Chomsky tenía razón: es el miedo a la democracia. El miedo a una verdadera democracia. El miedo a que se demuestre que solo bajo condiciones socialistas es posible hoy en día la democracia.